

Después de la II guerra mundial, el pueblo de Kowary en la preciosa región montañosa de la Silesia polaca, permaneció casi intacto y junto con su gran actividad minera, empezó a recibir mucha emigración de personas que buscaban trabajo en la mina.

Empezaba la era de la guerra fría y la unión soviética exportaba su hermetismo. Los mineros polacos solo supieron que estaban extrayendo uranio y expuestos a radioactividad cuando el gobierno decidió cerrarla por su baja productividad y no por el alto número de mineros enfermos.

Un vagón de tren amarillo estacionado indica la entrada de la mina. Ese mismo vagón fue el que durante más de 70 años, llevó a los mineros a través de un túnel de 400m hasta una zona central, donde se dispersaban por los a varios niveles de la mina.

Hoy en día, los buzos siguen la misma ruta, pero parando primero delante de una exhibición de vidrio de uranio: tazas, platos y otros objetos hechos con trazas de óxido de uranio brillan de color amarillo verdoso cuando se exponen a la luz ultravioleta. Otra parada es donde se puede ver la ropa protectora que se usaba para trabajar en ambiente radioactivo.

La oscura historia de los mineros polacos viene a la mente del visitante y una pregunta es inevitable: ¿todavía hay peligro aquí? De hecho, todavía hay radiación, pero ya no a niveles nocivos para el visitante.

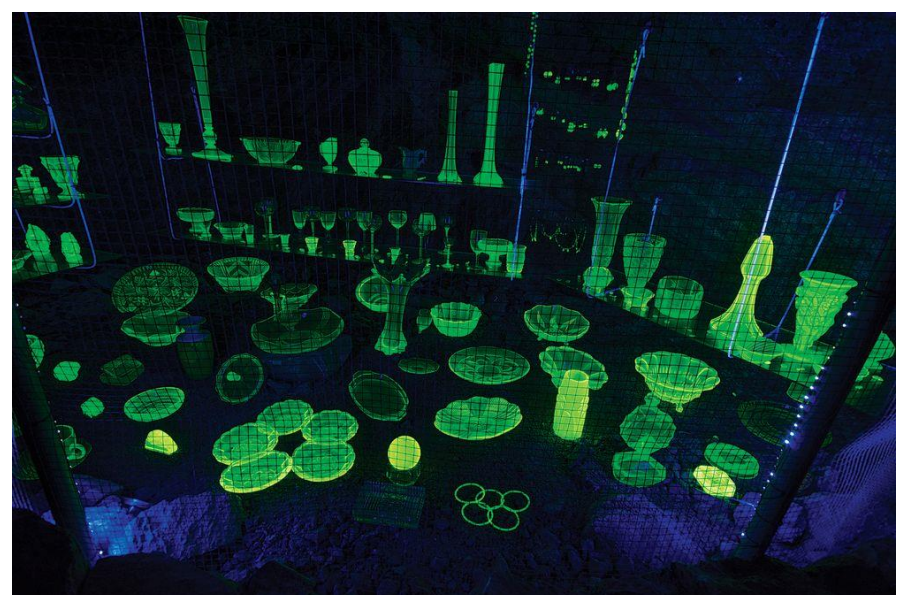
Cuando la mina cerró y las bombas dejaron de drenar el agua subterránea en la década de 1960, el pozo y los niveles inferiores se inundaron. La habitación donde se encuentra el pozo inundado parece aterradora. El agua gotea de las paredes oscuras hacia una pequeña piscina. En la entrada se encuentra una réplica de una bomba atómica soviética: el uranio extraído de este depósito se utilizó para crearlas. La escena de terror se complementa con viejos tubos de ventilación y un traje de radiación con máscara de gas colgando de la pared.

El punto de entrada de la inmersión se realiza por una chimenea vertical revestida de madera. Tiene más de 500m de profundidad, no es lo suficientemente ancho para dos buceadores y se desciende de uno en uno. En la habitación donde se encuentra la entrada, se escucha un estruendo constante que aun hace más terrorífica la escena, si cabe. El descenso es claustrofóbico y no permite adoptar una buena posición en el agua mientras se desciende. Se llega a

la entrada del túnel del primer nivel después de unos 30m. El resto de los otros túneles se ramifican a 80m, 120m y 170m.

La chimenea está construida con troncos de árbol y hoy en día, algunos pedazos de pizarra caen a través de los troncos sobre los buzos. En la parte inferior, hay una capa de sedimento gris, del polvo anteriormente radiactivo. Es fácil dejar volar la imaginación aquí pensando encontrar algo aun radioactivo. La incomodidad se magnifica por el la profundidad del pozo y el túnel de un 400m de largo entre nosotros y la luz del día.

Una vez más escuchamos el retumbar y el sonido del agua goteando en la piscina en la parte superior del pozo, pero ahora suena como una liberación: El buceador puede tomar la primera bocanada de aire mohoso que marca ese regreso al reino de los vivos. Las paredes negras ya no parecen tan aterradoras. El estruendo era solo el sistema de ventilación moderno. El agua no se siente tan fría y la bomba soviética es solo una réplica. Pero la historia de los mineros y el tren amarillo es real.



Texto Original de Martin Strmiska

Traducción y síntesis de Caco Pradas